

Hados

Livina Santos

El niño estaba tan cargado de proyecciones que muchas veces se exponía a ser considerado un engendro si lloraba demasiado o tenía otras exigencias. Su madre se quedaba absorta cada vez que él lloraba. Si la sacudías apenas, te miraba suplicando lástima:

—No me quiere, llora porque no me quiere.

En realidad, era ella quien desde pequeña había desarrollado la manía de llorar debajo de la cama o detrás de una puerta que le dejara espacio suficiente para doblarse sentada y en posición fetal. Sentía que había llegado a este mundo a un lugar y tiempo equivocados. Había errado el camino de su destino, había abierto una puerta equivocada en su entrada a esta vida. Pero claro, como no lo podía verbalizar, lloraba, pese a que su madre, desesperada, le pegaba. Y luego se le quedó la costumbre.

El padre del niño, su esposo, con la plena convicción de que los hombres no lloran, se irritaba con el llanto hasta el punto de gritar a su esposa para que hiciera callar al niño en lugar de sustraerse de la realidad, que en ese momento era ser madre.

—¡Hazlo callar, se va a hacer marica de tanto llorar!

Como ella seguía con los ojos anegados suplicando lástima —que para ella era el equivalente al amor—, él gritaba como todo el hombre que era hasta salir de casa dando un fuerte portazo. Ya afuera, se sacudía con cierto placer

los hombros, sonreía, y enviaba mensajes hasta conseguir compañía para tomarse unos tragos. Pocos, pues al día siguiente debía trabajar.

La madre se quedaba sola con el hijo, desconsolada por tanto desamor. Lo miraba: los puños apretados, la cara morada con los músculos tensados, la boca abierta en un círculo deforme del que salía el chillido más irritante que jamás hubiera oído. Una idea atroz cruza por su mente, se contiene.

No entiende de qué manera llegó ahí, al matrimonio, a la maternidad. Tiene apenas dieciocho años; su esposo, uno más. Cuando se casó pensó que eran suficientes. Ahora hace cálculos y piensa que de verdad se equivocó, que la vida se la está comiendo. Comiendo.

138 Mete la mano por debajo de la almohada del niño y saca un biberón con leche tibia por el calor concentrado de la tarde. Lo coloca en la boca del bebé y él sorbe con cierta desesperación y consuelo, sin dejar de derramar lagrimones y suspiros sonoros y profundos.

Miro todo esto desde afuera, diría desde arriba, y concluyo que el niño está destinado a la obesidad por su futuro consumo de comida chatarra. Encontrará consuelo en el alimento —o en lo que él crea que lo sea—, que tanto esfuerzo le costaba conseguir de pequeño. La madre, que sigue ahí abajo en la trama, concluye que por hoy no llevará a cabo su idea atroz. Y el padre, que ya desapareció de este relato, concluye que mañana se justificará en el trabajo porque la vida es una sola y él está muy joven todavía.